

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana



1

Al encuentro de Jesús

Adviento - Navidad

CARITAS CHRISTI

2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, simboliza **el proceso de configuración con Cristo**.

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(Adviento-Navidad)
2. Consagrados a Dios y a los demás
(Tiempo Ordinario I)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(Cuaresma)
4. Buscadores de la voluntad del Padre
(Pascua)
5. Castos por el Reino de los cielos
(Tiempo Ordinario II)
6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(Tiempo Ordinario III)
7. Unidos para que el mundo crea
(Tiempo Ordinario IV)
8. Transformados por la Eucaristía
(Tiempo Ordinario V)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(Tiempo Ordinario VI)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 17

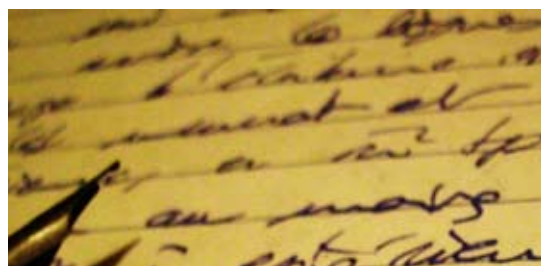


Pistas para la *lectio divina* > 18



Reflexión > 7

- 2.1. "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"
- 2.2. "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre"
- 2.3. "Hemos encontrado al Mesías"
 - La acción misteriosa del Espíritu Santo y María
 - El acercamiento histórico-crítico
 - La necesidad de buscar y esperar
 - Los signos reveladores
 - La actitud comprometida



Textos para profundizar > 26

- Anexo 1: ¿Por qué el nacimiento de Jesús el 25-D?
- Anexo 2: "Caritas Christi urget nos"
- Anexo 3: Al Cristo Crucificado
- Anexo 4: ¿Quién es Jesús?
- Anexo 5: Para mí la vida es Cristo
- Anexo 6: El nombre de Jesús, luz de los predicadores
- Anexo 7: Él se hizo uno de nosotros
- Anexo 8: Y el Verbo se hizo carne
- Anexo 9: Jesús de Nazaret

1. Introducción



Estás abriendo el primer cuaderno de una nueva etapa en el camino de *La Fragua en la Vida Cotidiana*. Hemos llegado al tercer año y, con él, al núcleo *Caritas Christi*, que se centra en nuestro proceso de configuración con Jesucristo. Ese es precisamente el título del Capítulo VI de nuestras Constituciones, que tendremos ocasión de meditar en el Cuaderno 6. **Este año unimos en un mismo cuaderno de trabajo el Adviento y la Navidad**, la promesa y su cumplimiento, la espera y el encuentro. La experiencia de años anteriores aconseja unir estos dos tiempos litúrgicos de corta duración y estrechamente ligados entre sí. En las **páginas 2 y 3 de cada cuaderno podrás ir viendo los objetivos y el plan de la etapa Caritas Christi**. Es el mapa que te ayudará a situarte a lo largo del camino.

La tumba de san Antonio María Claret en el templo de Vic está protegida por una claraboya

desde la que se divisa la arqueta que contiene sus restos. Sobre la claraboya se han grabado estas palabras en catalán, la lengua materna del Fundador: *Enamoreu-vos de Jesus Christ* (“Enamoraos de Jesucristo”). La frase completa continúa así: “Y lo entenderéis todo; incluso haréis obras mayores que yo”. No se puede comprender la vida de nuestro Fundador sin la referencia a Jesucristo: “Vivo con la vida de Jesucristo. Él, poseyéndome, posee una nada, y yo lo poseo todo en él” (*Aut 754*). El lema de su escudo arzobispal, que da también nombre a esta etapa de la Fragua, expresa claramente la energía que lo animaba: *Caritas Christi urget me* (“El amor de Cristo me impulsa”).

Nuestras Constituciones reconocen que “a nosotros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido también el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda criatura, yendo por el mundo entero” (n. 4). **Nuestro extraño estilo de vida, pues, se inspira, centra y nutre en Jesucristo.** Por eso, la Iglesia nos pide a todos los consagrados que “nos adhiramos cada vez más a Cristo, centro de la vida consagrada, y retomemos un camino de conversión y de renovación que, como en la experiencia primera de los apóstoles, antes y después de su resurrección, sea un caminar desde Cristo” (*Caminar desde Cristo*, 21).

Al cabo de dos años de camino Fragua, ni el objetivo ni el método representan para ti ninguna novedad. Es muy posible que tanto tú como tu comunidad y Organismo hayáis dado pasos significativos durante este tiempo y que, como fruto, te sientas satisfecho y agradecido. Pero puede ser también que la distancia entre lo deseado y lo realizado haya sido demasiado grande y ahora pienses que no merece la pena seguir empeñándote. En cualquier caso, a partir de la experiencia vivida, ¿será posible recrear, una vez más, la actitud del

caminante que afronta las dificultades del camino con los ojos y el corazón puestos en la meta a la que se dirige?

La etapa del fuego, la experiencia *Patris Mei*, es necesaria en nuestro itinerario espiritual. No hay transformación interior sin la energía del amor. Pero —como nos recuerda la alegoría de la fragua— no basta el fuego para dar forma a un objeto: **se requiere el lento trabajo artesanal del martillo y el yunque.** Lo mismo sucede en nuestro camino espiritual. La experiencia de sabernos amados por Dios (*Patris Mei*) nos dispone para ir adquiriendo la forma de Cristo (*Caritas Christi*) hasta que no seamos nosotros los que vivamos sino que sea Cristo quien viva en nosotros (cf. *Gal 2,20*). Caldeados por esta experiencia mística, aceptamos el largo camino ascético que nos va liberando poco a poco de nuestro viejo yo y nos va transformando en flechas misioneras (*Spiritus Domini*), en el Cristo enviado por el Padre para anunciar el evangelio.

El yunque y el martillo no son símbolos de violencia y destrucción, por más que en algunos casos puedan ser vistos desde esta perspectiva superficial y, en consecuencia, provocar reacciones de rechazo. Son, más bien, instrumentos de trabajo que, en las manos hábiles del herrero, sirven para transformar la barra de hierro en un objeto útil y bello.

En clave espiritual, **no hay configuración con Cristo sin participar de su misterio pascual: es decir, de su experiencia de pasión, muerte y resurrección.** Una espiritualidad demasiado *light*, que se resiste a la muerte del “yo viejo” y no se hace cargo del sufrimiento del mundo, no puede sostener un auténtico compromiso misionero.

Es posible que no todos los ejercicios o reflexiones de este cuaderno conecten con tu edad o situación personal. No te preocupes. Tienen un carácter instrumental. Lo que importa es que sigas abriéndote cada día a la Palabra de Dios a través de la *lec-*

tio divina, te dejes cuestionar y acompañar por ella e intentes responder con fidelidad. Todo lo demás es secundario: “Si el Señor no construye la casa, en vano se esfuerzan los albañiles” (Sal 126,1).

Al comienzo de esta nueva etapa **seguimos pidiendo con humildad el don de la renovación de cada uno de nosotros y de toda la Congregación** según el carisma recibido:

*Renueva, Señor, en nuestra Congregación
y en cada uno de nosotros,
el espíritu que animó
a san Antonio María Claret, nuestro padre,
para que, llenos y vigorizados por él,
nos esforcemos en amar lo que él amó
y en llevar a la práctica lo que nos enseñó.*

2012 ha sido un año muy duro para millones de personas en diversas regiones del mundo. La crisis económica mundial ha ido dejando muchas víctimas por el camino. Todas tienen nombres y rostros concretos. Algunas viven cerca de nosotros. Incluso se ha ido creando en muchos lugares un clima de temor ante el publicitado “fin del mundo”, como si el final del famoso calendario maya fuese, en realidad, un símbolo anticipatorio del final de una civilización exhausta, basada en un consumo irresponsable más que en el crecimiento personal, las relaciones fraternas, la justicia solidaria y el cuidado del planeta.

¿Cómo se puede vivir desde la fe en Jesucristo esta situación? Al comienzo de cada nuevo año litúrgico recordamos que el Señor *ha venido* (primera venida), *está viniendo* (venida intermedia) y *vendrá definitivamente* (venida última) para juzgar y salvar este mundo nuestro, lacerado por las consecuencias de un pecado que no podemos vencer con nuestras solas fuerzas. El evangelio nos advierte: “Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28). No hay lugar, pues, para el temor sino para la esperanza y el compromiso. Hay siempre algo que podemos hacer. Hay mucho que podemos esperar.

Adviento y Navidad son también tiempos marianos. María de Nazaret es la mujer de la esperanza y la acogida. Sintetiza en su corazón la espera de su pueblo y de toda la humanidad, ofrece su respuesta confiada a Dios y acoge y canta el don recibido. Ponte en sus manos al comenzar esta nueva etapa. Pídele que te siga forjando en la fragua de su misericordia y amor.



2. Reflexión

1.1. “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc 8,27)

Empezamos la etapa *Caritas Christi* dirigiendo nuestros ojos a Jesús: *Oculi nostri ad Dominum Jesum* (“Nuestros ojos están puestos en el Señor Jesús”). Él, a su vez, nos mira y nos cuestiona: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. La pregunta que Jesús dirige a sus primeros discípulos en Cesarea de Felipe sigue siendo actual y reversible. **Nosotros queremos saber quién es Jesús y él nos pregunta quiénes somos, en realidad, nosotros.** Hablar sobre él es hablar sobre nosotros. Su identidad aclara la nuestra porque él es el Hombre por antonomasia: *Ecce homo* (“He aquí el hombre”) (cf. *Jn 19,5*).



“Sublimidad y simplicidad, grandeza y humildad, santidad y cercanía al hombre pecador, elevación y ocultamiento, comunión intensa con Dios y atención diligente al hombre, ternura e indignación profética, comprensión para la fragilidad humana y exigencias sin límites, realismo dramático y sereno optimismo, gravedad y candor, conocimiento de la maldad innata en el corazón humano y confianza en sus posibilidades de conversión, capacidad de dominar a los hombres y las cosas e impotencia silenciosa ante sus jueces... Todo en él parece regirse por el hilo de la paradoja, para después unificarse con armoniosa espontaneidad en su persona, tan auténtica y simple, que parece uno de tantos. Ninguna figura humana conocida por la historia y la literatura de todos los tiempos se puede comparar con el hombre de los evangelios. Antes aún de que nos provoque con su pregunta: “¿Quién decís que soy yo?” (*Mt 16,15*), nosotros mismos ya nos lo estamos preguntando: “pero... ¿quién es éste?” (*Francesco Duci*).

Tres siglos de investigación crítica acerca de Jesús de Nazaret nos han ayudado a purificar una visión demasiado ingenua de su persona y mensaje, pero quizá también han erosionando un tanto nuestra experiencia de fe en él. Detrás de cada confesión hay un programa de vida. Cada nombre que le aplicamos indica un camino. Al nombre de Jesús de Nazaret se han ido asociando a lo largo de la historia todos los adjetivos imaginables: profeta, predicador, sanador, sabio, maestro, judío marginal, mago, revolucionario, líder carismático, hippie, mito. Cada época se siente en la necesidad –y, a veces, obligación– de “releer” de nuevo su vida, ya sea para intentar reconstruirla con los métodos histórico-críticos, para levantar acta de la imposibilidad de tal empresa o para diseñar una silueta elemental. Aunque no siempre estemos enterados de las últimas novedades, acabamos acusando su

impacto. Te puede resultar interesante acercarte a la presentación de la figura de Jesús tal como aparece en la conocida enciclopedia digital *Wikipedia*, a la que acceden millones de usuarios cada día.

En este contexto, agudizado por la fuerte tendencia actual a separar –quizá deberíamos decir “descoyuntar”– a Cristo de su comunidad que es la Iglesia (Jesús sí – Iglesia no), ¿cómo podemos responder a la pregunta que Jesús sigue dirigiéndonos? ¿Nos abandonaremos a la vía de las múltiples hipótesis? ¿Repetiremos las fórmulas al uso, más por rutina que por convicción personal? ¿O diremos como Pedro, en nombre de la iglesia: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”? Si esta última respuesta no es fruto de la carne y de la sangre (es decir, de nuestras meras investigaciones humanas, por agudas que sean) sino del don de Dios, ¿estamos dispuestos a pedir el don de la fe en Jesús y a

asumir las consecuencias que se derivan? Creer en él es lo único importante. El evangelio del día de Navidad anuncia: “A cuantos la recibieron [la Palabra], a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios” (Jn 1,12).

A veces, encerrados en nuestros problemas personales o zarandeados por las tempestades de la vida, podemos tener la impresión de que Jesús es un fantasma que sobrevuela la realidad (cf. Mt 14,26), no un ser viviente que se hace cargo de nuestros sufrimientos y zozobras: “¿Cómo interpretar los signos de los tiempos en una realidad como la nuestra, en la que abundan las zonas de sombra y de misterio? Sucede que el Señor mismo —como con los discípulos en el camino de Emaús— se hace nuestro compañero de viaje y nos da su Espíritu. Solo Él, presente entre nosotros, puede hacernos

comprender plenamente su Palabra y actualizarla, puede iluminar las mentes y encender los corazones” (*Caminar desde Cristo*, 2).

La imagen de Jesús como “compañero de viaje” (cf. Lc 24,15) es seguramente una de las más cercanas a nuestra sensibilidad de hombres que buscan, que no tienen todo claro, que están en camino. El relato de Emaús señala con claridad las varias etapas del encuentro con él. En este itinerario podemos encontrar claves suficientes para iluminar nuestra experiencia (cf. HAC 44). Pero todavía se podría decir de manera más concisa. El obispo Fulton Sheen reduce a solo dos verbos la dinámica de encuentro con Jesús: “Venid” (Jn 1,39) e “Id” (Mt 28,19). Todo discípulo es invitado a ir hacia Jesús y estar con él para luego ser enviado “a hacer discípulos de todos los pueblos” (Mt 28,19).

Ejercicio 1: ¿Dónde vives?

El mercado está saturado de “vidas de Jesús”, de cristologías y de ensayos de todo tipo sobre Jesús de Nazaret. El mismo papa Benedicto XVI ha publicado dos volúmenes —y prepara un tercero— sobre él. Es posible que algunas de las obras que has leído te hayan ayudado a despejar dudas, poner fundamentos sólidos, alimentar tu fe. Este ejercicio te propone hacer un somero balance inicial. Pero te invita, sobre todo, a abrir tus ojos a las “cristologías vivientes”, a los seres humanos de tu entorno que son como un icono del Maestro.

1. Para empezar, **lee las siguientes frases sobre Jesús**. Escoge tres que te llamen la atención y pregúntate por qué.

- “Yo digo a los hindúes que su vida será imperfecta si no estudian respetuosamente la vida de Jesús” (*Ghandi*).
- “Todas las épocas sucesivas de la teología han ido encontrando en Jesús sus propias ideas y solo de esa manera conseguían darle vida. Y no eran solo las épocas las que aparecían reflejadas en él: también cada persona lo creaba a imagen de su propia personalidad. No hay, en realidad, una empresa más personal que escribir una vida de Jesús” (*Albert Schweitzer*).
- “La duda sobre la existencia de Cristo es algo tan sin fundamento científico, que no merece una sola palabra de refutación” (*Rudolf Bultmann*).
- “Yo no creo en la resurrección, pero no ocultaré la emoción que siento ante Cristo y su enseñanza. Ante él y ante su historia no experimento más que respeto y veneración” (*Albert Camus*).
- “Hoy, lo difícil no es aceptar que Cristo sea Dios; lo difícil sería aceptar a Dios si no fuera Cristo” (*Joseph Malègue*).
- “Lo que los comunistas reprochamos a los cristianos no es el ser seguidores de Cristo, sino precisamente el no serlo” (*Milan Machovec*).

- “Estos cristianos ignoran quién es Jesús y están condenados por su misma religión a no descubrirlo nunca” (*Marcel Légaut*).

2. Recuerda ahora **los libros que has leído sobre Jesús**. Señala tres que te hayan impactado especialmente. ¿Por qué? ¿Qué encontraste en ellos? ¿Qué aportaron a tu relación con Jesús?

3. Jesús tiene hoy **el rostro de las personas que están en los márgenes del camino**. Una canción presenta así la Navidad de la vida cotidiana:

*Cristo nace cada día
en la cara del obrero cansado,
en el rostro de los niños que ríen jugando,
en cada anciano que tenemos al lado.
Cristo nace cada día,
y por mucho que queramos matarlo,
nacerá día tras día, minuto a minuto,
en cada hombre que quiera aceptarlo.*

¿En qué rostros de tu entorno descubres hoy la presencia viva de Jesús?

2.2. “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8)

Esta frase de la carta a los Hebreos resuena con fuerza al comienzo de un nuevo año litúrgico. El mundo cambia. Tú cambias. El Señor del tiempo es siempre el Señor de *cada* tiempo. Es siempre el mismo y, a la vez, distinto, aprende todos los dialectos del mundo, ofrece un rostro reconocible.

Somos cristianos por él y en él. **La existencia cristiana es Jesucristo.** No puede decirse algo análogo de ninguna otra religión respecto de su personaje clave. Esto significa que ser cristiano no es, en primer término, aceptar un *credo* compuesto por dogmas; o atenerse estrictamente a un *código moral* basado en el evangelio y actualizado por el magisterio de la iglesia; u observar con escrúpulo los *ritos* establecidos; ni siquiera pertenecer jurídicamente a la *comunidad eclesial*. Todo esto forma parte de una fe madura, pero no constituye su núcleo. **Ser cristiano es, ante todo, la adhesión personal a Jesucristo mediante la fe en el seno de su comunidad que es la iglesia.** Benedicto XVI lo resumió así al comienzo de su encíclica *Deus Caritas Est*: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

Esta centralidad de Jesucristo es lo que hace particularmente atractivo y a la vez problemático

al cristianismo. Si ser cristiano significa adherirse personalmente a Jesucristo, *encontrarse* con Él, ¿cómo entender de manera significativa un encuentro con alguien que ya no existe o, por lo menos, a la manera de las personas con las cuales nos encontramos en la vida diaria?

- Que el encuentro no es meramente *físico* parece evidente. Nadie ha visto a Jesús en su casa, vestido con una túnica inconsutil y con sandalias, tal como aparece en las representaciones iconográficas. Es imposible encontrarse *físicamente* con alguien que dejó físicamente de existir hace veinte siglos. Si siguiéramos este camino, podríamos toparnos con dos hombres con vestidos deslumbrantes que nos dirían: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?” (Lc 24,5).
- Tampoco se trata –según la fe de la Iglesia– de un mero encuentro *sentimental* o *simbólico* como el que se produce cuando alguien se encuentra con Beethoven escuchando *La Novena Sinfonía* o con Cervantes leyendo *El Quijote*.
- Y mucho menos de una especie de encuentro *transpersonal*. Jesús no es un espectro o un fantasma. Si lo viéramos así, él mismo podría decirnos como a los discípulos después de su resurrección: “¿De qué os asustáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona (*egó eimi autós*). Tocadme y convenceos de que un fantas-



ma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lc 24,38).

Y, sin embargo, cualquier creyente maduro suele utilizar este término para referirse a su experiencia de fe: “Me he *encontrado* con Jesús”. Nuestras Constituciones hablan de *seguirlo* (cf. CC 4), *contemplarlo* (cf. CC 39), *imitarlo* (cf. CC 20, 23, 28, 33, 39, 42), *tener sus sentimientos* (cf. CC 41), *unirnos a él* (cf. CC 35, 45, 53), *llegar a la plena madurez en él* (cf. CC 51). Son diversas maneras de expresar los efectos del encuentro con Jesús.

Que hubo “encuentros” en el comienzo y que los sigue habiendo hoy parece claro. De lo contrario, no existiría el cristianismo. En el mejor de los

casos, el recuerdo de Jesús se reduciría a una simple y minúscula reseña histórica.

El Nuevo Testamento está lleno de relatos en los que se narran los encuentros transformadores de muchas personas con Jesús: desde los pastores (cf. Lc 2,16), hasta María Magdalena (cf. Jn 20,10-18) pasando por los primeros discípulos (cf. Jn 1,31-51), Mateo (cf. Mt 9,9-13), el joven rico (cf. Mc 10,17-31), la mujer samaritana (cf. Jn 4,1-42), Zaqueo (cf. Lc 19,1-10), la mujer pagana (cf. Mc 15,21-28), el ciego Bartimeo (cf. Mc 10,46-52), el centurión romano (cf. Lc 7,1-10), el anciano fariseo Nicodemo (cf. Jn 3,1-21), y tantos otros enfermos, pobres y necesitados.

La historia del convertido

- ¿De modo que te has convertido a Cristo?
- Sí.
- Entonces sabrás mucho sobre él. Dime: ¿en qué país nació?
- No lo sé.
- ¿A qué edad murió?
- Tampoco lo sé.
- ¿Sabrás al menos cuántos sermones pronunció?
- Pues no ... No lo sé.
- La verdad es que sabes muy poco, para ser un hombre que afirma haberse convertido a Cristo.
- Tienes toda la razón. Y yo mismo estoy avergonzado de lo poco que sé acerca de él. Pero sí que sé algo: Hace tres años, yo era un borracho. Estaba cargado de deudas. Mi familia se deshacía en pedazos. Mi mujer y mis hijos temían como un nublado mi vuelta a casa cada noche. Pero ahora he dejado la bebida; no tenemos deudas; nuestro hogar es un hogar feliz; mis hijos esperan ansiosamente mi vuelta a casa cada noche. Todo esto es lo que ha hecho Cristo por mí. ¡Y esto es lo que yo sé de Cristo!

Conocer realmente. Es decir, ser transformado por lo que uno conoce.

(Tony De Mello, *El canto del pájaro*)

2.3. “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1,41)

El problema del “encuentro” con Jesús no es de hoy. Se remonta a los orígenes de la Iglesia. Afecta por igual a los creyentes del siglo XXI y a los que se fueron adhiriendo a la primitiva comunidad sin haber conocido físicamente a Jesús de Nazaret. También aquí se da la tensión búsqueda-encuentro que Jesús mismo describe en el Evangelio: “Buscad y encontraréis ... porque el que busca encuentra” (Mt 7,7).

Hoy, viendo el deseo que muchas personas tienen de encontrar un sentido a la vida en medio de

la crisis, se podría decir: “Todo el mundo te busca” (Mc 1,37). Y quizá nosotros, que hemos experimentado de muchas maneras destellos de su presencia, nos reconocemos en las palabras de los peregrinos griegos que llegan a Jerusalén: “Quisiéramos ver a Jesús” (Jn 12,21). Incluso, como algunos discípulos de Juan el Bautista, nos atrevemos a preguntarle directamente: “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38).

Mientras buscamos respuestas que iluminen la mente y enciendan el corazón, nos gustaría que un ángel nos dijera como a los pastores: “Encontraréis

a un niño envuelto en pañales”. Más aún, nos gustaría estar ya con él y poder decir como Andrés a su hermano Pedro: “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1,41). O como Felipe a Natanael: “Hemos encontrado aquel de quien escribió Moisés en el libro de la ley, y del que hablaron también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret” (Jn 1,45). Es también la experiencia de María Magdalena cuando, después de su encuentro con el Resucitado, anuncia a los discípulos: “He visto al Señor” (Jn 20,18). En todos estos casos no se trata de comunicar algo de oídas, sino el fruto de una experiencia: “hemos encontrado”, “he visto”.

El encuentro con Jesucristo es un proceso complejo –pero, a la vez, sencillo para los que tienen un corazón humilde (cf. Lc 10,21)– en el que intervienen varios factores que están íntimamente relacionados entre sí.

Puedes ir meditando cada uno de ellos a lo largo de las semanas del Adviento y la Navidad. Aunque no guardan una relación directa con los núcleos de la liturgia, constituyen como etapas de un itinerario de encuentro con Jesucristo, que van desde la *búsqueda-espera* (Adviento) al *reconocimiento-adoración* (Navidad).

1) La acción del Espíritu Santo y de la Virgen María

No es posible que una persona de cualquier edad, espacio, tiempo o condición se “encuentre” con el Resucitado –con alguien, por tanto, que no existe ya bajo condiciones espacio-temporales– si no es mediante la acción del Espíritu Santo. **Solo el Espíritu puede trascender las coordenadas espacio-tiempo y hacernos presente al Resucitado.** Este es el mensaje del **cuarto evangelio**, escrito a finales del siglo I para creyentes “a distancia”; es decir, personas que no conocieron físicamente a Jesús. En él aparece el Espíritu Santo como aquel que irá recordando a lo largo de la historia lo que Jesús ha dicho (cf. Jn 14,26) y conducirá al creyente hacia la verdad plena (cf. Jn 16,12-13). El Espíritu Santo no es una persona al margen de Jesús, porque “toma de lo suyo y lo interpreta” (Jn 16,15).

Pablo se sitúa en una perspectiva semejante: “Nadie puede decir *Jesús es Señor* si no es movido por el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3b).

La primera carta de Pedro transmite un mensaje que parece escrito para quienes hoy nos debatimos entre la fe y la duda, el compromiso y el cansancio: “Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo creéis en él y os alegráis con un gozo inefable y radiante; así alcanzaréis la salvación, que es el objetivo de vuestra fe” (1 Pe 1,8-9).



Cuando examinas tu experiencia de relación con Jesús, ¿eres consciente de que tu fe en él es fruto del Espíritu Santo y no simplemente el resultado de la educación recibida o de tu búsqueda personal?

Que el encuentro haya de ser necesariamente espiritual no significa que sea inconsistente o irreal. Espiritual no se opone a material, no es sinónimo de psíquico. Significa que “viene del Espíritu” y, por tanto, que no nace del esfuerzo humano o de cualquier otra instancia inmanente. Sin esta referencia fontal a la acción del Espíritu Santo, el cristianismo pierde su alma y Jesucristo deja de ser el Viviente, el “contemporáneo de todo hombre” (Karl Barth), para engrosar la galería de personajes ilustres de la humanidad. Sin el Espíritu Santo, el “encuentro” transformador con Jesús se reduce a inspiración sapiencial, motivación ética o disfrute estético.

El encuentro con Cristo se produce también a través de María. El principio ascético *Ad Jesum per Mariam*, acuñado por san Luis María Grignon de Monfort, no es solo una frase devocional: expresa una verdad de fe, corroborada por la experiencia de muchos creyentes que han llegado a creer en Jesús de la mano de María.

En el Credo confesamos –de manera especial durante el tiempo de Navidad– que el Hijo “por obra del Espíritu Santo *se encarnó en María la virgen*, y se hizo hombre”. **El 1 de enero celebramos la solemnidad de María, la madre de Dios.** La iglesia confiesa que María sigue engendrando a Cristo, como madre de la fe, en el corazón de los creyentes. Desde esta perspectiva se entiende la confe-

sión de nuestro Fundador: “María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra, mi Directora y mi todo después de Jesús” (Aut 5).

Atrévete a suplicar con humildad al Espíritu y a María que te revelen el rostro “escondido” de Jesús en cualquiera de sus múltiples presencias (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7):

- **La Palabra:** “Si alguno me ama, guardará mi Palabra. Y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 22).
- **Los sacramentos:** “Haced esto en memoria mía” (1 Cor 11,24).
- **La comunidad:** “Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos” (Mt 18,20).
- **Los pastores de la comunidad:** “El que a vosotros escucha, a mí me escucha” (Lc 10,16).
- **Los pequeños y necesitados:** “Quien acoge a uno de estos pequeños en mi nombre, me acoge a mí” (Mc 9,37).
- **La historia:** “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20).

*Espíritu Santo,
perfecciona la obra que Jesús
comenzó en mí.*

*Apura para mí el tiempo
de una vida llena de tu amor.
Mortifica en mí
la presunción natural.*

*Quiero ser sencillo,
lleno de amor de Dios
y constantemente generoso.*

*Que ninguna fuerza humana
me impida hacer honor
a mi vocación cristiana.*

*Que ningún interés, por descuido mío,
vaya contra la justicia.*

*Que ningún egoísmo reduzca en mí
los espacios infinitos del amor.*

Todo sea grande en mí.

*También el culto a la verdad
y la prontitud
en mi deber hasta la muerte.*

*Que la efusión de tu Espíritu de amor
venga sobre mí, sobre la Iglesia
y sobre el mundo entero.*

(Inspirada en una oración del papa Juan XXIII)

2) El acercamiento histórico-crítico

¿Cómo distinguir una verdadera experiencia del Espíritu y de encuentro con María de los posibles sucedáneos? Para evitar confundir la experiencia espiritual o mariana con un simple fenómeno psíquico y para no incurrir en reduccionismos de tipo iluminista o fideísta, **es necesario un acercamiento crítico al Jesús de la historia.** *El Cristo de la fe es el Jesús de la historia.* Por mucho que cierta crítica contemporánea quiera seccionar ambas dimensiones no puede ir contra la fe de la iglesia, la experiencia de los místicos y seguramente tu propia experiencia personal.

Como sabemos, la historiografía actual ha renunciado a escribir una biografía (en el sentido técnico) de Jesús de Nazaret, pero puede enunciar conclusiones valiosas sobre sus hechos y dichos hasta dibujar una silueta históricamente acreditada y humanamente extraordinaria, capaz de fundar y dar solidez a un auténtico encuentro interpersonal. En este sentido, la teología kerigmática superó los reduccionismos de la teología liberal y de la teología dialéctica. No hay que olvidar que, desde el punto de vista teológico, **la fe cristiana es una fe que acoge la revelación de Dios en la historia.** A través de hechos históricos (y no por introspecciones psíquicas o prácticas mágicas), el hombre, esencialmente histórico, puede comprender la palabra que Dios le dirige. La producción bibliográfica actual sobre estas cuestiones es tan ingente que resulta imposible resumirla en pocas líneas. En la página *web* de la Fragua encontrarás algunos documentos que pueden ayudarte a profundizar esta dimensión.

El Adviento y la Navidad, por otra parte, son tiempos propicios para meditar que “la Palabra se ha hecho carne” (Jn 1,18), que Dios se ha hecho hombre, que ha entrado en nuestra historia (*Cur Deus homo*). Cualquier gnosticismo, antiguo o moderno, burdo o sutil, cualquier intento de disolver el misterio de la “encarnación de Dios” en mito, se estrella frente al hecho desnudo de “un niño acostado en un pesebre” (Lc 2,16).

*En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.*

*Sin ti, el sol es luz descolorida.
Sin ti, la paz es cruel castigo.
Sin ti, no hay bien ni corazón amigo.
Sin ti, la vida es muerte repetida.*



*Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada*

*y contigo la vida es sangre ardida.
Pues si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.*

(José Luis Martín Descalzo)



En las últimas décadas, la llamada “tercera búsqueda” (*third quest*), cultivada, sobre todo, en ámbitos anglosajones, ha ensanchado el campo de la investigación. Además de los manuscritos, se sirve de los datos provenientes de la arqueología, la sociología del cristianismo primitivo, etc. Todo puede contribuir a dar solidez a nuestro conocimiento del Jesús de la historia. Quizá tú mismo has experimentado el influjo benéfico de algunas cristologías publicadas en los últimos años. Una de las preguntas del *ejercicio 1* te invitaba a recordarlas.

Ahora bien, para un creyente el acercamiento crítico al Nuevo Testamento y a las disciplinas que investigan sobre Jesús no se puede desvincular del acercamiento a la comunidad que mantiene viva su presencia en la historia y que ha “producido” los escritos sobre él. **No podemos separar el cuerpo de la cabeza y viceversa.** Pretender llegar a Jesús prescindiendo de su comunidad o reduciendo ésta solo a su estadio primitivo –como sucede en quienes reivindican un cristianismo sin iglesia o consideran que “todo lo auténtico terminó en el siglo IV”– es una empresa insostenible. Entre Escritura e iglesia se da una relación de mutua dependencia. Ambas son “creaciones del Espíritu”, realidades vivas, no fósiles. Sin iglesia no hay Escritura (¡El Nuevo Testamento no cae llovido del cielo ni surge por generación espontánea o producido por “sabios” extra-comunitarios!). Pero, al mismo tiempo, la Escritura es siempre fuente e instancia crítica para la misma comunidad que la ha producido asistida por el Espíritu de Jesús (¡La iglesia es siempre “comunidad que surge de la Palabra y vive de ella”!).

3) La necesidad de buscar y esperar

La historia nos ayuda a ver a Jesús como un hombre de carne y hueso, no como un mito sobre el que proyectar nuestras cambiantes interpretaciones de la realidad. La fe nos permite reconocer en él al Hijo de Dios, al Señor, al Mesías. Pero, aunque tengamos una experiencia espiritual contrastada históricamente, **siempre podemos escandalizarnos de Jesús**, no llegar a entender qué tiene que

ver este hombre (y su propuesta de salvación) con las preocupaciones más hondas de la existencia. En otras palabras, siempre podemos vivir la relación con Jesús como un “añadido” que, de no existir, no cambiaría significativamente nuestra vida. De hecho, hay personas que “han creído” en Jesús, luego han dejado de creer en él y han seguido viviendo ... con aparente normalidad. No se ha hundido el mundo debajo de sus pies.

Por eso, para calibrar la hondura de nuestro encuentro con Jesús, para que él pueda ser respuesta a nuestras preguntas, **se requiere por nuestra parte una actitud de búsqueda, de expectativa.**

El Adviento nos impulsa cada año a cultivar esta actitud de búsqueda, vigilancia y espera. Jesús se presenta a sí mismo como “el camino, la verdad y la vida” (cf. *Jn* 14,6). Pero, ¿qué sentido tiene hablar de Jesús como “camino” a aquellos que están satisfechos con su situación y no están dispuestos a ponerse en marcha? ¿Qué valor tiene Jesús como “verdad” en tiempos de relativismo en los que para muchas personas no hay ninguna referencia estable? ¿Cómo puede descubrir a Jesús como “vida” quien se aferra a lo que tiene? Quien no busca no encuentra. Quien no cuestiona su modo de vivir no crece.

En esto consiste precisamente la experiencia *Quid Prodest*, trabajada en el primer año del itinerario de la Fragua. Por eso, la primera intervención de Jesús en el evangelio de Juan es una pregunta: “¿Qué buscáis?” (*Jn* 1,37). A los discípulos que bajan entristecidos de Jerusalén a Emaús les dice: “¿Qué conversación lleváis por el camino?” (*Lc* 24,17). En otras palabras: ¿Qué os preocupa? ¿Qué significa para vosotros vivir? ¿Cómo buscáis la felicidad? Son estas las preguntas que dan consistencia al encuentro con Jesús. Solo cuando vivimos a este

nivel de profundidad, el encuentro con él resulta significativo. Al hablar en estos términos pudiera dar la impresión de que se elimina la gratuidad del encuentro, de que la fe en Jesús fuera la coronación de nuestra propia búsqueda. En realidad, **todo encuentro es siempre una experiencia de gracia**, un acontecimiento inaudito, una semilla que Alguien siembra en nuestro campo y que crece sin que sepamos cómo. Pero Jesús mismo se encargó de explicar, en relación con la eficacia de la palabra, que, aunque ésta sea poderosa, el fruto no solo depende de ella sino también de la diversa calidad del terreno (cf. *Mc* 4,3-20). No es lo mismo ser “borde del camino” (cf. *Mc* 4,15), “terreno pedregoso” (cf. *Mc* 4,16-17), “cardo” (cf. *Mc* 4,18-19) o “tierra buena” (cf. *Mc* 4,20). ¿Qué tipo de terreno eres tú?

La liturgia del tiempo de Adviento te invita a “preparar el camino del Señor”. Es la oportunidad para que te preguntes si tu corazón sigue, en realidad, buscándolo o, por el contrario, te has acostumbrado a él y ya nada te sorprende. Quizá, en medio de tus dificultades y dudas, hayas vivido la misma experiencia de María Magdalena: “Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto” (*Jn* 20,13). Esta sensación se acrecienta en aquellos lugares en los que se vive una cultura del “día después”, como si el asunto de Jesús fuera una página ya leída del libro de la historia y no mereciera más atención.

El año pasado, al comienzo de la etapa *Patris Mei*, pudiste meditar sobre la búsqueda de Dios. **Este año la mirada se dirige al Jesús que viene, que llama a tu puerta:** “Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (*Ap* 3,20). ¿Estás dispuesto a abrirle o prefieres decir, como el poeta: “Mañana le abriremos para lo mismo responder mañana”?



*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?*

*¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfia!»!*

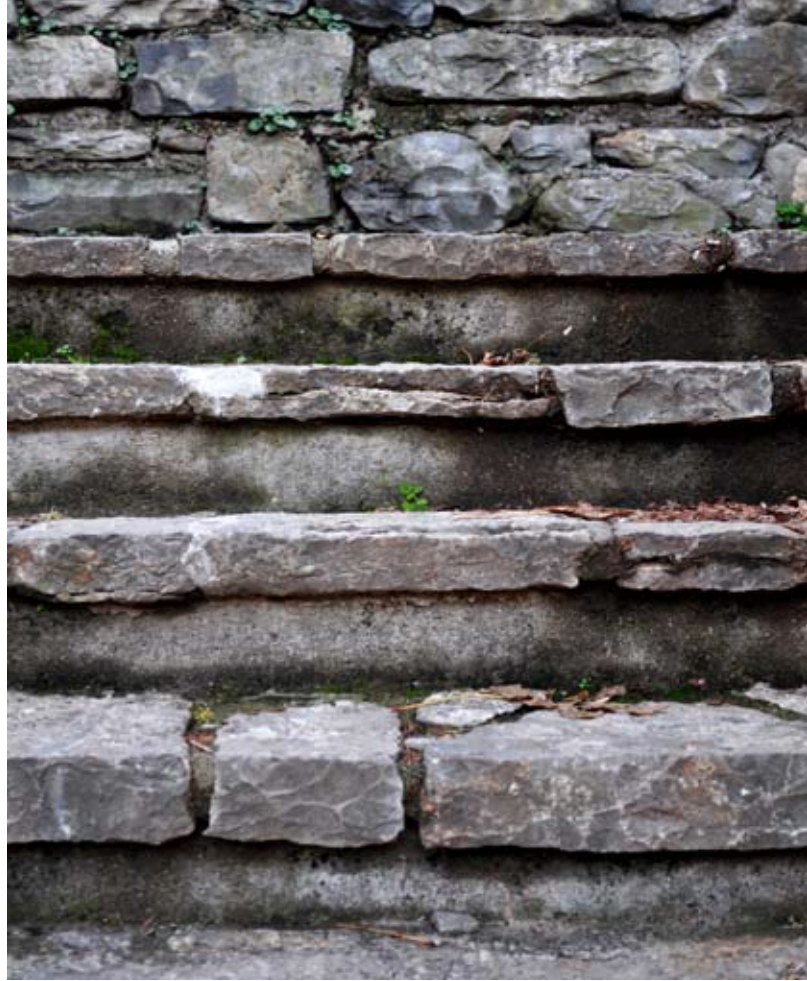
*¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!*

4) Los signos reveladores

En el proceso de encuentro con Jesús, en íntima conexión con la búsqueda y la expectativa, hay que hablar de la necesidad de los “signos” (*miracula*); es decir, de algunos hechos significativos y comprobatorios que indiquen, a quien busca, la dirección del camino. **Los signos no demuestran la verdad de la fe, pero sí pueden mostrar su coherencia** y, sobre todo, ayudan a distinguir la fe de sus posibles deformaciones. Los milagros (que son signos en función de la fe y no manifestaciones exhibicionistas o lucrativas de Jesús), la extraordinaria coherencia de su vida (manifestada en acciones y palabras), la experiencia sorprendente de su resurrección (significativa solo desde la fe) y la potencia humanizadora que la aceptación de su persona produce en el creyente son algunos de los signos principales.

Cuando miras a tu alrededor, **¿qué signos te ayudan a reconocer la presencia de Jesús en nuestro mundo, en tu vida?** Es probable que los encuentres en el seno de tu familia, tu comunidad, tu entorno pastoral. Tómate un tiempo para caer en la cuenta de algunos de ellos. **También en Adviento la liturgia nos habla de los “signos” del Mesías que viene.** Nosotros podemos reconocernos en la pregunta de Juan el Bautista: “¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?” (Lc 7,19). Para que te resulte cercana, puedes acomodarla a la situación que estás viviendo: ¿Eres tú el que ha de venir o, más bien, todo depende de los avances científicos? ¿Eres tú el que ha de venir o lo que necesitamos es una terapia psicológica? ¿Eres tú el que ha de venir o lo que hace falta es un profundo cambio del sistema económico mundial? La respuesta de Jesús no es ni “sí” ni “no”. No ofrece conceptos ni un plan de acción global. Invita a abrir los ojos y ver algunos signos que transforman las vidas de las personas más necesitadas: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia; y dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo” (Lc 7,22-23).

También hoy hay muchas personas que están entregando su vida para aliviar el dolor de los que sufren: inmigrantes indocumentados, desocupados de larga duración, toxicómanos, familias desestructuradas, refugiados, niños explotados, adolescentes enrolados en bandas, ancianos sin pensión, etc. ¿Las reconoces? ¿Eres tú una de ellas o prefieres vivir al margen?



La liturgia de Navidad está también envuelta de signos. Los pastores, en medio de la noche, ven a un ángel del Señor que les dice: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el mesías, el Señor” (Lc 2,10-11). Como este anuncio resulta sorprendente e incomprensible, el ángel añade: “Esto os servirá de *signo*: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12). La realidad minúscula de un niño se convierte en “signo” de la salvación de Dios.

Los magos se ponen en marcha porque “hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo” (Mt 2,2). Cuando, tras el encuentro con Herodes, reanudan el camino, “la estrella que habían visto en oriente los guió y se paró encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría” (Mt 2,9-11). La estrella luminosa se convierte también en signo que indica en qué dirección deben caminar y dónde se encuentra el niño Jesús.

Es verdad que hoy estamos viviendo en algunas regiones del mundo una “noche” en la que no se percibe la luz de Cristo, un verdadero eclipse. Es verdad que un modelo histórico de vida religiosa parece estar muriendo. Pero es igualmente cierto que en medio de esta “noche cultural” hay *ángeles*

que siguen anunciando buenas noticias y *estrellas* que nos conducen a Jesús. No importa que seamos rudos como los pastores o sabios como los magos. **Lo importante es ser humildes buscadores, reconocer los pequeños signos en los que Jesús se hace visible hoy, y ponernos en camino.**

Entre estos signos sencillos, somos invitados a contemplar nuestro mismo estilo de vida consagrada como uno de ellos, como *memoria Jesu* para la iglesia y para el mundo: “Verdaderamente merecen agradecimiento por parte de la comunidad eclesial las personas consagradas: monjes y monjas, contemplativos y contemplativas, religiosos y religiosas dedicados a las obras de apostolado, miembros de los institutos seculares y sociedades de vida apostólica, eremitas y vírgenes consagradas. Su existencia da testimonio de amor a Cristo cuando se encaminan al seguimiento como viene propuesto en el Evangelio y, con íntimo gozo, asumen el mismo estilo de vida que Él eligió para Sí. Esta loable fidelidad, aun no buscando otra aprobación que la del Señor, se convierte en memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos” (*Caminar desde Cristo*, 5).

5) La actitud comprometida

Aunque pueda parecer algo extraño, el verdadero encuentro con Jesús exige, además de las condiciones señaladas antes, una actitud vital y operativa en la línea de su mensaje. O, dicho de otra manera, es imposible encontrarse con Jesús si transitamos

por los caminos que él no recorre, si nos contentamos con una búsqueda meramente intelectual. El evangelio está repleto de indicaciones en este sentido. La *parábola del buen samaritano* (cf. *Lc 10,25-37*) muestra que Jesús es, al mismo tiempo, el hombre herido al borde del camino y el samaritano que se acerca, cura las heridas con aceite y vino, las venda, monta al herido en su cabalgadura, lo lleva al mesón, cuida de él y paga al mesonero para que lo siga haciendo. Siete verbos repletos de fuerza y compromiso.

Pero quizá sea el texto de *Mt 25,31-46* el que con más claridad responde a la pregunta acerca de dónde podemos encontrar hoy a Jesús: “Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (*Mt 25,40*). ¿Qué es lo que podemos hacer? También la respuesta es concreta, comprensible, humana: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme” (*Mt 25,35-36*).

¿No crees que tu Navidad este año de la etapa *Caritas Christi* podría ser diferente, más auténtica y luminosa, si estas palabras de Jesús se convirtieran en tu programa? Mirando el contexto en el que vives, ¿a quién puedes dar de comer o de beber, vestir o visitar? Los pequeños signos, cuando surgen de un corazón renovado, cambian el mundo. **No te preguntes demasiado dónde encontrar a Jesús hoy. Él te lo ha dicho con claridad. Ponte en camino.**

Ejercicio 2: Creer en Jesús, el Viviente

El artículo del credo niceno-constantinopolitano dedicado a Jesucristo reza así: “Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre. Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin”.

1. Comienza leyendo **este artículo del Credo**. ¿Cuántas veces lo has recitado a lo largo de tu vida? ¿Hay algo que hoy te llama la atención de manera particular?
2. Partiendo de tu experiencia personal, ¿cómo expresarías tu fe en Jesús de Nazaret? **Escribe en tu cuaderno tu propio credo.**

Puesto que el cristianismo no es simplemente una doctrina sino el seguimiento de una persona, no se puede descubrir su entraña sin comprometerse. **Solo se puede conocer a Jesús ... siguiéndolo.** La vida basada en el evangelio va aclarando los motivos de la fe y nos dispone para la aceptación responsable de la gracia. Creer que solo debemos cambiar cuando hayamos descubierto completamente a Jesús significa desconocer las leyes del crecimiento cristiano.

3. Sugerencias para el encuentro comunitario

Para muchas comunidades resulta difícil tener la reunión comunitaria durante el tiempo de Navidad. Por eso, puede ser recomendable tenerla al final del Adviento. Sugerimos dos modalidades.

Modalidad 1

1. La comunidad comienza dialogando sobre **algunas situaciones de necesidad** que ha descubierto en su entorno. Preguntarse por ello significa ir más allá de los problemas domésticos, “ensanchar el espacio de la tienda” (cf. Is 54,2).
2. Teniendo en cuenta las condiciones y posibilidades, **selecciona algunas.**
3. Después, de dos en dos, los miembros de la comunidad **se hacen presentes en los lugares donde estas personas viven:** hospitales, residencias de ancianos, cárceles, casas de acogida, domicilios particulares, etc. Se trata de dedicar un tiempo a escuchar a las personas, a prestar pequeños servicios y a llevar algún regalo navideño que exprese cercanía.
4. Al regreso, **todos comparten** en la comunidad la experiencia vivida.
5. El encuentro termina con un **rato de oración** a partir del encuentro con las personas necesitadas y del diálogo comunitario.

Modalidad 2

1. La comunidad se reúne y, tras la oración inicial y una breve introducción por parte del animador del encuentro, dedica tiempo a **poner en común la respuesta a la segunda pregunta del Ejercicio 2**, tal como se propone en este cuaderno.
2. El encuentro puede terminar con un **rato de oración** especialmente preparado dentro del contexto del Adviento, en el que se dedique tiempo suficiente para presentarle al Señor lo que la comunidad vive.





4. Pistas para la *lectio divina*

El domingo **2 de diciembre de 2012** comienza el nuevo año litúrgico con el tiempo de Adviento. A diferencia de lo que sucede con el comienzo del año civil, festejado con intensidad, el año litúrgico comienza discretamente.

El tiempo de Adviento es una preparación de cuatro semanas para la gran fiesta de la Natividad del Señor y, en general, para el tiempo de Navidad. **Este año seguiremos el ciclo C.** Cobrará relieve el evangelio de Lucas.

El Adviento es, sobre todo, un tiempo de esperanza. Lo que esperamos no es tanto que Dios venga —Él está ya en medio de nosotros—, cuanto que su Reino se haga más visible y nosotros podamos acogerlo. Se trata de creer en el don y de colaborar en la tarea. El Reino, que es don de Dios, no llega por nosotros, pero no se consolida sin nosotros. Por eso se nos invita a “despertar” (*primer domingo*), a “preparar el camino del Señor” (*segundo domingo*), a discernir “qué debemos hacer” (*tercer domingo*), con el horizonte y la felicidad que da el “haber creído” (*cuarto domingo*) como María, la madre y discípula del Señor.

En los días feriales, la liturgia nos ofrece como base de la primera lectura el libro de Isaías. El evangelio se toma casi siempre de Mateo, preocupado por hacer ver que en Jesús se cumplen las Escrituras. A lo largo de las semanas hay una pedagogía sabia. No se comienza con el reproche y la llamada a la conversión por parte de Juan el Bautista sino con el anuncio cautivador de las promesas de Dios, que es capaz de convertir el desierto en un oasis y transformar las lanzas en podaderas. Los perso-

najes centrales del Adviento son **Isaías** (promesa y profecía), **Juan Bautista** (llamada a la conversión) y **María de Nazaret** (acogida de la Palabra).

La Navidad celebra que “en esta etapa final, Dios nos ha hablado por el el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo” (*Heb 1,2*), que “la Palabra se hizo carne” (*Jn 1,18*). Este año, dentro de la etapa *Caritas Christi*, **podemos centrar nuestra mirada en la persona misma de Jesús**: el Mesías esperado (*Adviento*), la Palabra hecha carne (*Navidad*).

Lo que encuentras al final de cada cuaderno no son comentarios a las lecturas del día sino simplemente “pistas para realizar la *lectio divina*”, una llamada de atención para que cada día acudas a tu cita con el Señor que te habla a través de su Palabra.

En la portada de la página *web* de La Fragua (www.lafraguacmf.org) encuentras algunos enlaces a páginas claretianas en las que se ofrecen comentarios más extensos. Dispones también de subsidios impresos como *Diario Bíblico*, *Evangelio y Vida*, *La Palabra de cada día*, etc., publicados por los claretianos.

Si no lo has hecho hasta ahora, el comienzo de la etapa *Caritas Christi* puede ser la oportunidad para hacerte con una buena guía de *lectio divina*. Existen varias y muy buenas en el mercado. Destacamos dos en el ámbito de lengua española:

- VARIOS, *Lectio divina para cada día del año*, Ed. Verbo Divino, Estella (17 volúmenes).
- VARIOS, *Lectio divina para todos los días del año*, Ed. San Pablo, Madrid (preparada por la Casa de la Biblia).

Domingo 2 de diciembre de 2012. Primer Domingo de Adviento

- Jer 33, 14-16
- Sal 24
- 1Tes 3, 12-4, 2
- Lc 21, 25-28, 34-36

El Adviento comienza con una *promesa* (“Llegan días en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá”) y un *anuncio* (“Verán al hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria”). El cosmos y la historia se conmueven ante la llegada del Hijo del hombre. Todo entra en ebullición. Nada queda como estaba. La venida del Hijo, en medio del caos, significa nuestra liberación. ¿Qué hacer ante “ese día”? *Vigilar* y *orar*. Son los dos verbos del Adviento. Ya no vale la dulce tranquilidad de la rutina. Hay que estar despiertos y mirar a Dios.

Lunes 3 de diciembre de 2012. Memoria de san Francisco Javier, presbítero

- Is 2, 1-5
- Sal 121
- Mt 8,5-11

Isaías nos recuerda que la historia no avanza hacia el desastre final sino hacia el don divino de la paz universal. Jesús se admira de la fe de un pagano, una fe que no ha encontrado entre los creyentes de Israel, su pueblo. ¿En qué consiste esta “admirable” fe del centurión?: *en el reconocimiento de su pequeñez* (“No soy digno de que entres en mi casa”) y *en su confianza absoluta en el poder sanador de Jesús* (“Da una orden y mi siervo quedará curado”). ¿Es posible una fe así en un contexto cultural o personal de autosuficiencia y de sospecha y desconfianza?

Martes 4 de diciembre de 2012

- Is 11,1-10
- Sal 71
- Lc 10,21-24

Del árbol seco de Jesé surgirá un brote de vida. Jesús es ese brote revestido con los dones del Espíritu: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, etc. Jesús está brotando constantemente en todos los pueblos y culturas. Él renueva lo caduco. Pero no todos perciben su novedad: solo los “pequeños”, los que, curados de su autosuficiencia, permiten que Dios les revele quién es Jesús. Nunca es tarde para pedir el don de la infancia espiritual y poder ver las cosas con los ojos del niño.

Miércoles 5 de diciembre de 2012

- Is 25,6-10
- Sal 22
- Mt 15,29-37

El futuro es un banquete para celebrar la victoria de Dios sobre todos los poderes que afligen al ser humano, incluida la muerte: “Eliminaré la muerte para siempre”. La multiplicación de los panes es un signo y una anticipación de ese banquete final al que todos están convocados y en el que sobra alimento para todos. Si no fuera por esta luz que proviene de la Palabra, ¿cómo podríamos seguir acogiendo este regalo y luchando para que sea posible?

Jueves 6 de diciembre de 2012

- Is 26,1-6
- Sal 117
- Mt 7,21.24-27

Al banquete de ayer sucede el himno de acción de gracias de hoy. También nosotros somos habitantes de la ciudad fuerte, construida sobre la roca de Dios. Pero nuestra misión no es atrincherarnos en ella sino abrir las puertas “para que entre un pueblo justo”. Cuanto más nos asentamos en Dios, más nos abrimos a todos los seres humanos. Jesús nos ofrece también la imagen de la roca para describir lo que sucede con quien escucha su Palabra. Si nuestra vida se basa en ella y no en arenas movedizas como el éxito o una religiosidad superficial, nada nos podrá destruir.

Viernes 7 de diciembre de 2012. Memoria de san Ambrosio, obispo y doctor

- Is 29,17-24
- Sal 26
- Mt 9,27-31

Isaías nos recuerda que el “día del Señor” significará una transformación radical de todo: la naturaleza y la historia. Son los humildes los principales destinatarios del cambio operado por Dios. Esa es precisamente la experiencia que tienen los dos ciegos que se acercan a Jesús. En el relato evangélico no se acentúa lo que sucedió sino, sobre todo, las razones de fondo: la autoridad de Jesús y la fe de los ciegos. ¿Creemos que Jesús pueda seguir haciendo obras de transformación hoy?

Sábado 8 de diciembre de 2012. Solemnidad de la Inmaculada Concepción (Cal CMF, 463-468)

- Gn 3,9-15.20
- Sal 97
- Ef 1,3-6.11-12
- Lc 1,26-38

La “llena de gracia” descontamina nuestro mundo corrompido. Donde está María no hay corrupción. Ella es la mujer que, desprovista de toda fuerza personal, fiada plenamente de Dios, sigue pisando la cabeza de la serpiente que nos aparta del camino de la vida. Nosotros, sus hijos, participamos de su santidad: “Somos santos e inmaculados por el amor”. En el itinerario del Adviento, la Inmaculada nos allana el camino para el encuentro personal con el Santo.

Domingo 9 de diciembre de 2012. Segundo Domingo de Adviento

- Bar 5,1-9
- Sal 125
- Filip 1,4-6.8-11
- Lc 3,1-6

Lucas introduce a Juan Bautista en la historia: “En el año quince del reinado del emperador Tiberio”. Y pone de relieve que su anuncio no es una iniciativa personal, sino que la Palabra de Dios “vino sobre él”. La acción transcurre en dos escenarios: el desierto (lugar de encuentro con la Palabra) y el río Jordán (lugar en el que entrega la Palabra a los demás y los invita a la conversión). La segunda semana de Adviento comienza con la invitación de Juan el Bautista a “preparar el camino del Señor”. ¿Cómo puedes elevar los valles y abajar los montes y colinas de tu vida para que llegue el Señor?

Lunes 10 de diciembre de 2012

- Is 35,1-10
- Sal 84
- Lc 5,17-26

Isaías nos ofrece un verdadero “himno a la alegría” lleno de fuerza poética. La venida de Dios, a través de la “via sacra”, pone en danza la creación entera y transforma el mundo de los humanos. Es la misma alegría del paralítico del evangelio, no solo por haber recobrado la movilidad sino, sobre todo, por haber experimentado en su corazón el perdón de Dios. Llama la atención la fe de los amigos que hacen lo imposible por acercar el paralítico a Jesús. El resultado final no es solo el perdón y la curación sino el hecho de que todos regresan a la vida cotidiana “dando gloria a Dios”.

Martes 11 de diciembre de 2012

- Is 40,1-11
- Sal 95
- Mt 18,12-14

A la alegría de ayer sucede el consuelo de hoy. Isaías anuncia que los desterrados regresarán a la patria. Entonces se revelará la gloria de Dios y todos la verán llenos de alegría. Es la misma alegría que experimenta el pastor cuando encuentra la oveja perdida. En medio de las pruebas de la vida, el Adviento nos recuerda que Dios nos sigue buscando para consolarnos y hacernos ver su rostro. De esta manera, cada uno de nosotros podemos ser *principio-consolación* para todas las personas que se encuentran desorientadas y deprimidas en el camino de la vida.

Miércoles 12 de diciembre de 2012. Nuestra Señora de Guadalupe (en América)

- Is 40,25-31
- Sal 102
- Mt 11,28-30

La experiencia de Dios, tanto para los jóvenes como para los ancianos, es la fuerza que nos mantiene vivos, que nos da alas como de águila para caminar en la vida sin agotarnos. Es Jesús quien nos introduce en esta experiencia. Para todos los cansados y agobiados, él es el verdadero descanso. Su compañía es anti-estrés, liberadora. ¿Lo experimentas así en medio de las tensiones de la vida? ¿Sientes a Jesús como la fuerza que te permite superar el cansancio y vivir con decisión tu vocación misionera?

Jueves 13 de diciembre de 2012. Memoria de santa Lucía, virgen y mártir

- Is 41,13-20
- Sal 144
- Mt 11,11-15

Aunque a veces nos sintamos como un gusano, el profeta nos invita a no temer porque el Señor se hace cargo de nuestras miserias y nos redime. Juan el Bautista habla de Jesús y Jesús habla de Juan, “el más grande entre los nacidos de mujer”. Pero los que se hacen pequeños y entran en la dinámica del Reino superan la grandeza del Precursor. Hacerse pequeño, decrecer, aceptar ser un gusano ... nos permite experimentar de otro modo la paternidad de Dios y situarnos ante los demás de hermano a hermano. ¿No es esta la llamada que vivimos hoy, sobre todo en aquellos contextos en los que estamos aprendiendo a vivir la espiritualidad de las minorías?

Viernes 14 de diciembre de 2012. Memoria de san Juan de la Cruz, presbítero y doctor

- Is 48,17-19
- Sal 1
- Mt 11,16-19

¿Cómo hubiera sido nuestra vida si hubiéramos prestado atención al Señor? El profeta Isaías nos invita a ser conscientes de todo lo que perdemos cuando queremos caminar por nuestra cuenta. Y lo mismo hace Jesús cuando nos invita a interpretar el tiempo presente. Perdidos en luchas ideológicas o en intereses personales o de grupo, no sabemos percibir los signos del Señor que está en medio de nosotros, se sienta a nuestras mesas y, sobre todo, es amigo de los últimos de la sociedad. El Adviento es una terapia que nos descontamina de prejuicios, modas y hasta de nuestras propias opciones.

Sábado 15 de diciembre de 2012

- Ecclo 48,1-4.9-11
- Sal 79
- Mt 17,10-13

El elogio de Elías o de Juan el Bautista no mira al pasado: es una forma de cuestionar nuestro presente. Como Elías y Juan fueron rechazados, también Jesús sufrirá la misma suerte. Buscamos a testigos de la verdad y la justicia, pero luego no soportamos su testimonio. Aceptamos cualquier cosa con tal que no cuestione a fondo nuestra vida. ¿No es el Adviento una cita anual con el Jesús que viene a poner un poco de “desorden” en las vidas demasiado ordenadas?

Domingo 16 de diciembre de 2012. Tercer Domingo de Adviento

- Sof 3,14-18
- Sal (Is 12,2-6)
- Filip 4,4-7
- Lc 3,10-18

El tercer domingo de Adviento es siempre una cita con la alegría. A ella nos invita el profeta Sofonías (“Regocíjate, hija de Sión”) y el apóstol Pablo (“Estad siempre alegres en el Señor”). El don de la alegría surge cuando hacemos “lo que tenemos que hacer”: repartir con el que no tiene y no exigir más de lo establecido. Esto solo es posible para los que son bautizados con el Espíritu y el fuego que Jesús trae y Juan el Bautista anuncia. ¿Cabe imaginar hoy una evangelización creíble si no es a través de “hombres que arden en caridad” y, por tanto, viven y transmiten la alegría de Jesús?

Lunes 17 de diciembre de 2012. (Comienzan las ferias mayores)

- Gn 49,2-8-10
- Sal 71
- Mt 1,1-17

Comienza la recta final hacia la Navidad. Las palabras que el moribundo Jacob dirige a sus doce hijos, y en especial a Judá, anuncian la venida de aquel a quien todos los pueblos obedecerán. Ese es también el mensaje de la artificiosa genealogía elaborada por Mateo al comienzo de su evangelio. Toda la historia del pueblo de Judá apunta al acontecimiento central: “Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo”. Jesús no es un extraterrestre. Está enraizado en la historia del pueblo de Israel. Es un ser humano que participa de nuestra humanidad.

Martes 18 de diciembre de 2012

- Jr 23,5-8
- Sal 71
- Mt 1,18-24

Jeremías nos presenta dos oráculos: el anuncio de un rey sabio que será un auténtico pastor para el pueblo y el final del exilio y la vuelta a la tierra. Para Mateo, Jesús será ese rey sabio y justo que “salvará al pueblo de sus pecados”. El anuncio de su nacimiento afecta a otros dos seres justos: *María* y *José*. El evangelio de hoy es una presentación de la “vocación de José”. Como María, también él hace “lo que le había ordenado el ángel del Señor”. José es el símbolo de todos los que se extrañan, sienten miedo ante los designios de Dios, pero acaban fiándose plenamente de su palabra.

Miércoles 19 de diciembre de 2012

- Jc 13,2-7.24-25a
- Sal 70
- Lc 1,5-25

Las anunciaciones de Sansón y de Juan el Bautista preparan la gran anunciación de Jesús. Ambas tienen parecidas características: la elección divina de personas débiles, la misión del futuro niño en favor del pueblo, un signo, y la confianza en el poder de Dios y su promesa. Lucas presenta la anunciación de Juan en continuidad y contraste con la de Jesús. Cambian *los sujetos*: un anciano (Zacarías), una joven (María). Cambia *el lugar*: el templo de Jerusalén (Zacarías), una sencilla casa (María). Cambia, sobre todo, *la reacción*: incredulidad (Zacarías), entrega total tras la turbación inicial (María). También a nosotros se nos anuncia la llegada de Jesús a través de las múltiples mediaciones de la vida ordinaria. ¿Cuál es nuestra reacción?

Jueves 20 de diciembre de 2012

- Is 7,10-14
- Sal 23
- Lc 1,26-38

El hijo anunciado por Isaías al rey Acas es un signo del Hijo anunciado a María por el arcángel Gabriel. La liturgia del Adviento nos presenta por segunda vez la “vocación de María”. Es la aurora del mayor acontecimiento de la historia humana: la encarnación del Hijo de Dios. De esta manera se cumplen todas las profecías. En el relato se concentran algunos de los títulos del niño que va a nacer: Jesús, hijo del Altísimo, hijo de David, Rey eterno, Santo, Hijo de Dios. El sí de María, en su humana debilidad, cambia el curso de la historia e inaugura todos los “síes” que los seres humanos somos invitados a dar a las llamadas de Dios.

Viernes 21 de diciembre de 2012

- Cant 2,8-14
- Sal 32
- Lc 1,39-45

Tras el duro invierno, la Iglesia-esposa espera la llegada de Cristo-esposo saltando como un cervatillo por los montes. También el pequeño Juan salta de alegría en el seno de su madre Isabel cuando ésta recibe la visita presurosa de su prima María. Como la antigua arca de la alianza, María es la portadora del don de Dios. Es, ciertamente, la “llena de gracia”, pero también la mujer creyente que se fía de las promesas de Dios: “Bienaventurada tú, que has creído”.

Sábado 22 de diciembre de 2012

- 1 Sam 1,24-28
- Sal (1 Sam 2,1-7)
- Lc 1,46-56

Hoy es el día del *Magnificat*, cántico mariano lleno de reminiscencias veterotestamentarias, que recitamos cada día en la oración de la tarde. Es un canto en tres tiempos: alabanza a Dios por lo que ha hecho en María, reconocimiento de la fuerza de Dios que da la vuelta a las situaciones humanas y recuerdo de la fidelidad de Dios que siempre cumple sus promesas en favor del pueblo. Este canto, en boca de María, es también el canto de todos los que creen en un Dios que es fuente de sentido y alegría y quiere un mundo hecho a la medida de los pobres, no de los poderosos.

Domingo 23 de diciembre de 2012. Cuarto Domingo de Adviento (Cal CMF, 469-474)

- Miq 5,1-4
- Sal 79
- Heb 10,5-10
- Lc 1,39-45

Miqueas, en tiempo de amenaza asiria, profetiza el nacimiento en Belén del “jefe de Israel”. La carta a los Hebreos anuncia el *Hinnení* de Jesús al entrar en el mundo: “Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”. En el evangelio de Lucas, María se pone en camino llevando en su seno al autor de la vida. De esta manera, se convierte en teófora, portadora de Dios. También hoy ella sigue visitando a cuantos están en necesidad o esperan su salvación. María es la puerta de la Navidad.

Lunes 24 de diciembre de 2012

- 2 Sam 7,1-5.8b-12.14.16
- Sal 88
- Lc 1,67-79

La verdadera casa del Señor no es el templo de piedra que David quiere construir, sino el seno de una joven virgen que ha creído en la Palabra de Dios. Como el *Magnificat*, también el cántico del *Benedictus* está tejido de recuerdos bíblicos. En la primera parte, se delinea la larga historia de la salvación; en la segunda, se habla de Juan, el profeta del Altísimo, llamado a preparar el camino del Señor. El cántico aclama a Cristo, “sol que nace de lo alto”. Todo está preparado para que Él llegue a iluminar la tierra. ¿Y tú?

Martes 25 de diciembre de 2012. Solemnidad de la Natividad del Señor

- Is 52,7-10
- Sal 97
- Heb 19 1-6
- Jn 1,1-18

Hoy es Navidad. Jesús es el Fuego hecho *forma*, la Palabra hecha *carne*, Dios hecho *hombre*. En el yunque del seno de María se ha forjado la flecha que porta el fuego de la única novedad que merece tal nombre: Dios no se ha olvidado de sus hijos. Está aquí. Ha llegado. Nada será igual en adelante. La gracia y la verdad se han reconciliado en un pequeño niño. No se trata solo de una “buena noticia”. Es la proclamación de un acontecimiento que se cumple hoy, en ti, en la Iglesia y en el mundo: *Cristo ha nacido*. No es ni un juego ni una representación ni un sentimiento infantil. Es el día del renacimiento universal.

Miércoles 26 de diciembre de 2012. Fiesta de san Esteban, protomártir (Cal CMF, 475-479)

- Hch 6, 8-10; 7, 54-60
- Sal 30
- Mt 10, 17-22

Creer en Jesucristo, la Palabra hecha carne, es dar la vida. El diácono Esteban lo hace repitiendo a la letra la muerte de Jesús. Nacer es empezar a morir. Pero morir es nacer definitivamente. La liturgia de la Navidad empareja ambas realidades. Jesús lo advierte a sus seguidores de todos los tiempos: “Os odiarán por causa de mi nombre, pero quien persevera hasta el fin se salvará”. El estupor y la alegría de la Navidad se complementan con el coraje y la resistencia.

Jueves 27 de diciembre de 2012. Fiesta de san Juan, apóstol y evangelista (Cal CMF, 481-486)

- 1Jn 1, 1-4
- Sal 96
- Jn 20, 2-8

La cadena de la fe está hecha de testigos y de amigos. Aquí no hay lugar para los funcionarios. El apóstol Juan es, ante todo, un amigo. Y lo que cuenta es el fruto de una relación: “Lo que hemos oído, visto y tocado”. El evangelio describe la carrera de la fe. Ante la noticia de que Cristo ha resucitado, Pedro y Juan se ponen en camino. Ambos quieren ver al Señor. Juan, más veloz, cede el primer puesto a Pedro, responsable de la comunidad. Lo que le sucede al entrar en el sepulcro cabe en dos verbos: *vío* y *creyó*. Escuchar la noticia, ponerse en camino, ver y creer. Estos son los cuatro verbos de todo verdadero creyente.

Viernes 28 de diciembre de 2012. Fiesta de los santos inocentes, mártires

- 1Jn 1, 5-2, 2
- Sal 123
- Mt 2, 13-18

La secuencia vida-muerte-vida es navideña. Aquí no valen los adornos que cubren la vida real. Lo que cuenta es lo que sucede. Donde está Jesús se ponen siempre en marcha los mecanismos diabólicos. Algunos inocentes son arrastrados y mueren. Pero nada se pierde. Incorporado a Jesús, la Vida, todo inocente derrota al verdugo y vive para siempre. Los “niños de Belén” sostienen la esperanza de los millones de inocentes víctimas de la crueldad humana que busca matar a Jesús deshaciéndose de sus testigos. Todo inocente es Jesús.

Sábado 29 de diciembre de 2012

- 1Jn 2, 3-11
- Sal 95
- Lc 2, 22-35

Conocer es amar. Amar al hermano significa vivir en el misterio de la luz. Lucas ofrece la escena de la presentación del niño Jesús en el templo de Jerusalén. Más allá del rito, se anuncia su misión: será un Mesías sufriente y el Salvador de todos los pueblos. Para María, el ofrecimiento de su hijo en el templo preanuncia el ofrecimiento definitivo en el Calvario. Ella, junto con José, participará del sufrimiento y del triunfo. La liturgia navideña no se abandona a sentimientos vacíos. Ilumina el misterio de la vida desde la trayectoria del pequeño niño de Belén.

Domingo 30 de diciembre de 2012. Fiesta de la Sagrada Familia

- 1 Sam 1,20-22.24-28
- Sal 83
- 1 Jn 3,1-2.21-24
- Lc 2,41-52

No hay en la familia de Nazaret nada de previsible. Todo rompe los esquemas. El niño no es dócil (“se escapa”) y los padres no son felices (“están angustiados”). Pero todo tiene un revés y un nexo. Todos buscan: los padres buscan a su hijo Jesús y el adolescente inquieto busca estar en los asuntos de Padre. Quienes buscan acaban encontrándose entre ellos y, sobre todo, encuentran el centro que los aglutina. La vuelta a Nazaret inaugura un nuevo estilo de familia, basado en la búsqueda continua de la voluntad de Dios. El adulto Jesús lo recordará siempre: ¿Quiénes son mi Padre y mis hermanos? Los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. ¿Cabe imaginar una familia más revolucionaria?

Lunes 31 de diciembre de 2012

- 1Jn 2, 18-21
- Sal 95
- Jn 1, 1-18

Termina el año 2012 con un nuevo canto a la Palabra. Nunca acabamos de saber qué significa que la Palabra se haya hecho carne y cómo la carne se puede hacer Palabra. Esclavizados por tantas cosas, la Palabra nos recuerda que “quienes creen en él, pueden llegar a ser hijos de Dios”. Cualquiera que sea el balance del año que termina, hay algo que nunca está en rojo: nuestra condición de hijos. A partir de aquí, podemos concluir con una letanía de acción de gracias por todos los dones que el Padre nos ha concedido durante este año.

Martes 1 de enero de 2013. Solemnidad de la Madre de Dios

- Num 6, 22-27
- Sal 66
- Gal 4, 4-7
- Lc 2, 16-31

¿Cómo entender quién es el hijo sin fijarnos en la Madre? La liturgia lo hace en el primer día del año 2013, a los ocho días de la fiesta de la Natividad. Cuando el Concilio de Éfeso (431) llama a María la Madre de Dios no solo explica quién es Jesús en realidad y qué relación tiene con su madre sino que nos recuerda que, por la fe, María sigue engendrando a Dios en cada uno de nosotros. La que supo guardar “estas cosas” en el corazón ha recibido también la misión de darnoslas: “Estrella y camino, prodigio de amor; de tu mano, Madre, hallamos a Dios”.

Miércoles 2 de enero de 2013. San Basilo Magno y san Gregorio Nacianceno

- 1Jn 2, 22-28
- Sal 97
- Jn 1, 19-28

Los problemas en torno a Jesús se remontan al comienzo mismo de la iglesia. La carta de Juan ofrece un criterio para siempre: “Quien niega al Hijo, tampoco posee al Padre”. En el evangelio, el testimonio de Juan Bautista es claro: “Yo no soy el Mesías”. Ayer como hoy, la persona de Jesús sigue siendo discutida. No es fácil aceptar que Dios mismo haya querido entrar en nuestra historia y hacerse uno de nosotros. La Navidad, más allá de todas sus reducciones comerciales, es siempre un escándalo que nos obliga a preguntarnos quién es realmente Jesús.

Jueves 3 de enero de 2013

- 1Jn 2, 29-3, 6
- Sal 97
- Jn 1, 29-34

Jesús, el justo, se ha encarnado para eliminar el pecado. Solo unidos a él podemos también vencer el pecado y vivir como hijos de Dios. Esa es la confesión de Juan el Bautista cuando se encuentra con Jesús: “He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Testigo de la experiencia de Jesús en el Jordán, añade: “He visto y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”. La liturgia de estos días nos va presentando la verdadera, y a menudo polémica, identidad del pequeño niño de Belén. Sin saber quién es, no podemos entender su misión.

Viernes 4 de enero de 2013

- 1Jn 3, 7-10
- Sal 97
- Jn 1, 35-42

El testimonio de Juan Bautista sobre Jesús (“He ahí el Cordero de Dios”) provoca que algunos de sus discípulos lo sigan. Es el primer eslabón de una cadena de encuentros e invitaciones al seguimiento. El encuentro con Jesús se articula en tres momentos: *deseo* (¿Qué buscáis?), *pregunta* (¿Dónde vives?) y *llamada-invitación*: “Venid y lo veréis”. También hoy somos invitados a compartir nuestra experiencia del Mesías con otros. La iglesia es la historia de una larga cadena de llamadas y encuentros.

Sábado 5 de enero de 2013

- 1Jn 3, 11-21
- Sal 99
- Jn 1, 43-51

La Navidad se hace creíble cuando, tras la experiencia de encuentro con Jesús, amamos su presencia escondida en todos los seres humanos. En el evangelio de Juan, la secuencia de nuevas llamadas y testimonios sirve para revelar la identidad más profunda de Jesús. Él es “aquel de quien han escrito Moisés y los profetas”, Jesús, el hijo de José, de Nazaret, Maestro, Hijo de Dios, Rey de Israel, Hijo del hombre. La cristología no es otra cosa que la historia de las confesiones de aquellos que en el encuentro con Jesús han sido transformados por él.

Domingo 6 de enero de 2013. Solemnidad de la Epifanía del Señor (Cal CMF, 21-26)

- Is 60,1-6
- Sal 71
- Ef 3, 2-3a. 5-6
- Mt 2, 1-12

La estrella se detiene ante el niño Jesús porque, en realidad, él es la estrella. Inspira la actitud de los magos que buscan y se ponen en camino. Irrita la actitud de Herodes que quiere manipular la búsqueda sincera de los magos. Emociona la entrega del oro, el incienso y la mirra como tríada que explica el misterio del niño. Conmueve el ejemplo de la Madre silenciosa que, sin decir palabra, presenta al niño para ser adorado. Pero el centro está en Él. Todas las estrellas de la filosofía, la ciencia, la técnica y las artes, convergen en él: “De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia”. También el hombre moderno, orgulloso de sus conquistas, puede humildemente hincar sus rodillas y adorarlo con el regalo de un fe humilde. No hay por qué temer. El niño solo va a sonreír.

Lunes 7 de enero de 2013

- 1Jn 3, 22 - 4,6
- Sal 2
- Mt 4, 12-17.23-25

Jesús deja su residencia de Nazaret y se establece en Cafarnaún. Es el comienzo de la vida pública. Mateo ofrece una síntesis de su programa: recorre los pueblos, enseña en las sinagogas, anuncia el evangelio del Reino y cura a los enfermos. Su fama se extiende por toda la región. Es esa “luz grande” anunciada por el profeta para iluminar a los que habitan en las tinieblas. También hoy Jesús sigue realizando su programa a través de todos cuantos hemos escuchado la llamada a seguirlo.

Martes 8 de enero de 2013

- 1Jn 4,7-10
- Sal 71
- Mc 6,34-44

Jesús aparece hoy como el buen pastor que tiene compasión de su pueblo porque ve a la muchedumbre como “ovejas sin pastor”. Primero reúne a la gente (*comunidad*), la instruye (*palabra*) y le da de comer (*eucaristía*). En esta tarea implica también a sus discípulos (*iglesia*). Detrás de este relato se descubre la marcha del antiguo pueblo por el desierto y la estructura de la celebración eucarística de la iglesia. Jesús da a cada uno lo que necesita. Las sobras, símbolo de la abundancia mesiánica, no se desperdician: se recogen.

Miércoles 9 de enero de 2013

- 1Jn 4,11-18
- Sal 71
- Mc 6,45-52

Que Dios sea amor tiene consecuencias prácticas para nuestra vida en comunidad. El evangelio nos habla de Jesús y los discípulos que van en barca a la otra orilla del lago. Durante la noche, Jesús conecta con el Padre (a través de la oración) y con los discípulos (a través de su dominio del viento). En su relato Marcos subraya que Jesús no es un fantasma, sino Alguien que siempre responde a las necesidades de las personas (el que domina el viento es el mismo que dio de comer a la multitud) y de quien no debemos tener miedo.

Jueves 10 de enero de 2013

- 1Jn 4,19-5,4
- Sal 71
- Lc 4,14-22a

El conocimiento de Jesús se expresa y se nutre en una vida de amor a Dios, a uno mismo y a los demás. El texto que narra la visita de Jesús a la sinagoga de Nazaret fue determinante en la experiencia vocacional de Claret (*Spiritus Domini*). Jesús interpreta su misión delante de sus paisanos a partir del libro del profeta Isaías. Es un ungido por el Espíritu Santo para anunciar el año de gracia a los pobres. Ungido y enviados son dos palabras que explican la vocación misionera de Claret y también la nuestra. Sin Espíritu no hay misión: solo propaganda. Sin anuncio del evangelio a los pobres no hay novedad transformadora: solo enseñanza.

Viernes 11 de enero de 2013

- 1Jn 5,5-13
- Sal 147
- Lc 5,12-16

El arma para vencer al mundo es la fe en Jesús, el Hijo, el único que puede darnos la vida. Esta es la experiencia del leproso en el evangelio. Su curación es un signo de la llegada del Mesías. Jesús, sanándonos de nuestras enfermedades, nos reintegra a la comunidad. Lucas pone de relieve que el mismo Jesús que cura es el que se retira a lugares solitarios huyendo de la fama. Acción y soledad son siempre los dos polos de todo misionero.

Sábado 12 de enero de 2013

- 1Jn 5,14-21
- Sal 149
- Jn 3,22-30

A los temas desarrollados en los días anteriores, la carta de Juan añade hoy el de la oración confiada. El Hijo escucha todo lo que le pidamos. El evangelio aclara la diferencia entre el ministerio de Juan el Bautista y el de Jesús. Juan es el amigo del esposo, que se alegra de que el esposo crezca y él disminuya. Pero el verdadero Mesías, al que Juan prepara el camino, es Jesús. Un misionero nunca olvida que su tarea es facilitar y acompañar el encuentro directo con el Señor, nunca suplantarlos.

- Is 40,1-5.9-11
- Sal 103
- Tit 2,11-14; 3,4-7
- Lc 3, 15-16

El Jordán marca un antes y un después. Como el viejo pueblo, también Jesús cruza esta línea divisoria entre su vida escondida y su vida pública, entre su largo tiempo de formación estable y su breve tiempo de predicación itinerante, entre ser hijo del carpintero y de su esposa María y tomar conciencia plena de su condición de Hijo en quien el Padre se complace. Penetra en el agua como un pecador, solidario con todos los hombres limitados, y sale como el Ungido, lleno de Espíritu, para realizar su misión. ¿Qué ha pasado? ¿Quién es éste? Ahora no hay estrellas como en la Epifanía. Ahora el testigo de la investidura filial y profética es la paloma del Espíritu. El mundo necesita recordar esta historia para saber que puede fiarse del Nazareno. No es uno más de la lista de salvadores penúltimos, ¡tantos! *Es el Hijo amado*. No hay nada mejor que el Padre, el dueño de la inmensa viña del mundo, pueda enviarnos. Solo cabe una actitud: escucharlo.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: ¿Por qué se celebra el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre? (Juan Chapa)

Los primeros cristianos no parece que celebrasen su cumpleaños (cf., por ej., Orígenes: PG XII, 495). Celebraban su *dies natalis*, el día de su entrada en la patria definitiva (por ej., *Martirio de Policarpo* 18,3), como participación en la salvación obrada por Jesús al vencer a la muerte con su pasión gloriosa. Recuerdan con precisión el día de la glorificación de Jesús, el 14/15 de Nisán, pero no la fecha de su nacimiento, de la que nada nos dicen los datos evangélicos.

Hasta el siglo III no tenemos noticias sobre la fecha del nacimiento de Jesús. Los primeros testimonios de Padres y escritores eclesiásticos señalan diversas fechas. El primer testimonio indirecto de que la natividad de Cristo fuese el 25 de diciembre lo ofrece Sexto Julio Africano el año 221. La primera referencia directa de su celebración es la del calendario litúrgico filocaliano del año 354 (MGH, IX,1, 13-196): *VIII kal. Ian. natus Christus in Betleem Iudeae* (“el 25 de diciembre nació Cristo en Belén de Judea”). A partir del siglo IV los testimonios de este día como fecha del nacimiento de Cristo son comunes en la tradición occidental, mientras que en la oriental prevalece la fecha del 6 de enero.

Una explicación bastante difundida es que los cristianos optaron por este día porque, a partir del año 274, el 25 de diciembre se celebraba en Roma el *dies natalis Solis invicti*, el día del nacimiento del Sol invicto, la victoria de la luz sobre la noche más larga del año. Esta explicación se apoya en que la liturgia de Navidad y los Padres de la época establecen un paralelismo entre el nacimiento de Jesucristo y expresiones bíblicas como “sol de justicia” (Mal 4,2) y “luz del mundo” (Jn 1,4ss.).

Sin embargo, no hay pruebas de que esto fuera así y parece difícil imaginarse que los cristianos de aquel entonces quisieran adaptar fiestas paganas al calendario litúrgico, especialmente cuando acababan de experimentar la persecución.

Es posible, no obstante, que con el transcurso del tiempo la fiesta cristiana fuera asimilando la fiesta pagana.

Otra explicación más plausible hace depender la fecha del nacimiento de Jesús de la fecha de su encarnación, que a su vez se relacionaba con la fecha de su muerte. En un tratado anónimo sobre solsticios y equinoccios se afirma que “nuestro Señor fue concebido el 8 de las kalendas de Abril en el mes de marzo (25 de marzo), que es el día de la pasión del Señor y de su concepción, pues fue concebido el mismo día que murió” (B. Botte, *Les Origines de la Noël et de l'Épiphanie*, Louvain 1932, I. 230-33).

En la tradición oriental, apoyándose en otro calendario, la pasión y la encarnación del Señor se celebraban el 6 de abril, fecha que concuerda con la celebración de la Navidad el 6 de enero. La relación entre pasión y encarnación es una idea que está en consonancia con la mentalidad antigua y medieval, que admiraba la perfección del universo como un todo, donde las grandes intervenciones de Dios estaban vinculadas entre sí.

Se trata de una concepción que también encuentra sus raíces en el judaísmo, donde creación y salvación se relacionaban con el mes de Nisán.

El arte cristiano ha reflejado esta misma idea a lo largo de la historia al pintar en la Anunciación de la Virgen al niño Jesús descendiendo del cielo con una cruz.

Así pues, es posible que los cristianos vincularan la redención obrada por Cristo con su concepción, y ésta determinara la fecha del nacimiento: “Lo más decisivo fue la relación existente entre la creación y la cruz, entre la creación y la concepción de Cristo” (J. Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, 131).



“Y la Palabra
se hizo carne”

(Jn 1,14)

Anexo 2: “Caritas Christi urget nos” (San Antonio María Claret)

Inflamados por el fuego del Espíritu Santo, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo, desde uno y otro polo, para anunciar la palabra divina; de modo que pueden decirse con razón a sí mismos las palabras del apóstol san Pablo: *Nos apremia el amor de Cristo*.

El amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor; de modo que, cuanto más amor tiene, por tanto mayor celo es compelido. Y, si uno no tiene celo, es señal cierta que tiene apagado en

su corazón el fuego del amor, la caridad. Aquel que tiene celo desea y procura, por todos los medios posibles, que Dios sea siempre más conocido, amado y servido en esta vida y en la otra, puesto que este sagrado amor no tiene ningún límite.

Lo mismo practica con su prójimo, deseando y procurando que todos estén contentos en este mundo y sean felices y bienaventurados en el otro; que todos se salven, que ninguno se pierda eternamente, que nadie ofenda a Dios y que ninguno, finalmente, se encuentre un solo momento en pecado. Así como lo vemos en los santos apóstoles y en cualquiera que esté dotado de espíritu apostólico.

Anexo 3: Al Cristo Crucificado (Anónimo, atribuido a san Juan de Ávila)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte,

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.



Anexo 4: ¿Quién es Jesús? (Teresa de Calcuta)

Para mí, Jesús es:
El Verbo hecho carne.
El Pan de la vida.
La Víctima sacrificada en la cruz por nuestros pecados.
El Sacrificio ofrecido en la Santa Misa
por los pecados del mundo y por los míos propios.
La Palabra, para ser dicha.
La Verdad, para ser proclamada.
El Camino, para ser recorrido.
La luz, para ser encendida.
La Vida, para ser vivida.
El Amor, para ser amado.
La Alegría, para ser compartida.
El Sacrificio, para ser dado a otros.
El Pan de Vida, para que sea mi sustento.
El Hambriento, para ser alimentado.
El Sediento, para ser saciado.
El Desnudo, para ser vestido.
El Desamparado, para ser recogido.

El Enfermo, para ser curado.
El Solitario, para ser amado.
El Indeseado, para ser querido.
El Leproso, para lavar sus heridas.
El Mendigo, para darle una sonrisa.
El Alcohólico, para escucharlo.
El Deficiente Mental, para protegerlo.
El Pequeñín, para abrazarlo.
El Ciego, para guiarlo.
El Mudo, para hablar por él.
El Tullido, para caminar con él.
El Drogadicto, para ser comprendido en amistad.
La Prostituta, para alejarla del peligro y ser su amiga.
El Preso, para ser visitado.
El Anciano, para ser atendido.
Para mí, Jesús es mi Dios.
Jesús es mi Esposo.
Jesús es mi Vida.
Jesús es mi único amor.
Jesús es mi Todo.

Anexo 5: Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir (San Juan Crisóstomo)

Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza: sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; aunque se levanten las olas, nada podrán contra la barca de Jesús. Decidme, ¿qué podemos temer? ¿La muerte? *Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir.* ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y cuanto la llena.* ¿La confiscación de los bienes? *Sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él.* Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. No tengo deseos de vivir, si no es para vuestro bien espiritual. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora exhortando vuestra caridad a la confianza.

¿No has oído aquella palabra del Señor: *Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio ellos?* Y, allí donde un pueblo numeroso esté reunido por los lazos de la caridad, ¿no estará presente el Señor? Me ha garantizado su protección, no me apoyo en mis fuerzas. Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo, ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice?: *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.*

Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña. Si no me hubiese retenido el amor que os tengo, no hubiese esperado a mañana para marcharme. En toda ocasión yo digo: Señor, hágase tu voluntad: no lo que quiere éste o aquél, sino lo que tú quieres que haga. Éste es mi alcázar, ésta es mi roca inamovible, éste es mi báculo seguro. Si esto es lo que quiere Dios, que así se haga. Si quiere que me quede aquí, le doy gracias. En cualquier lugar donde me mande, le doy gracias también.

Además, *donde yo esté estaréis también vosotros*, donde estéis vosotros estaré también yo: formamos todos un solo cuerpo, y el cuerpo no puede separarse de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo. Aunque estemos separados en cuanto al lugar, permanecemos unidos por la caridad, y ni la misma muerte será capaz de desunirnos. Porque, aunque muera mi cuerpo, mi espíritu vivirá y no echará en olvido a su pueblo.

Vosotros sois mis conciudadanos, mis padres, mis hermanos, mis hijos, mis miembros, mi cuerpo y mi luz, una luz más agradable que esta luz material. Porque, para mí, ninguna luz es mejor que la de vuestra caridad. La luz material me es útil en la vida presente, pero vuestra caridad es la que va preparando mi corona para el futuro.

Anexo 6: El nombre de Jesús, luz de los predicadores (San Bernardino de Siena)

El nombre de Jesús es la luz de los predicadores, pues es su resplandor el que hace anunciar y oír su palabra. ¿Por qué crees que se extendió tan rápidamente y con tanta fuerza la fe por el mundo entero, sino por la predicación del nombre de Jesús? ¿No ha sido por esta luz y por el gusto de este nombre como nos llamó Dios a su luz maravillosa? Iluminados todos y viendo ya la luz en esta luz, puede decirnos el Apóstol: *En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz.* Es preciso predicar este nombre para que resplandezca y no quede oculto. Pero no debe ser predicado con el corazón impuro o la boca manchada, sino que hay que guardarlo y exponerlo en un vaso elegido.

Por esto dice el Señor, refiriéndose al Apóstol: *Ese hombre es un vaso elegido por mí para dar a conocer mi nombre a pueblos, reyes, y a los israelitas.* Un vaso –dice– elegido por mí, como aquellos vasos elegidos en que se expone a la venta una bebida de agradable sabor, que el brillo y esplendor del recipiente invite a beber de ella; para dar a conocer –dice– mi nombre.

Pues igual que con el fuego se limpian los campos, se consumen los hierbajos, las zarzas y las espinas inútiles, e igual también que cuando sale el sol y, disipadas las tinieblas, huyen los ladrones, los atracadores y los que andan errantes por la noche, así también cuando hablaba Pablo a la gente era como el fragor de un trueno, o como un incendio crepitante, o como el sol que de pronto brilla con más claridad,

y consumía la incredulidad, lucía la verdad y desaparecía el error como la cera que se derrite en el fuego.

Pablo hablaba del nombre de Jesús en sus cartas, en sus milagros y ejemplos. Alababa y bendecía el nombre de Jesús.

El Apóstol llevaba este nombre, como una luz, a pueblos, reyes y a los israelitas, y con él iluminaba las naciones, proclamando por doquier aquellas palabras: *La noche está avanzada, el día se echa encima: dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. Conduzcámonos como en pleno día, con dignidad.* Mostraba a todos la lámpara que arde y que ilumina sobre el candelero, anunciando en todo lugar a Jesús, y éste crucificado.

Por eso la Iglesia, esposa de Cristo, basándose en su testimonio, salta de júbilo con el Profeta, diciendo: *Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas, es decir, siempre.* El Profeta le honra igualmente en este sentido: *Cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su salvación,* es decir, Jesús, el Salvador que él ha enviado.

Anexo 7: Él se hizo uno de nosotros (Pedro Casaldáliga)

En la oquedad de nuestro barro breve
el mar sin nombre de Su luz no cabe.
Ninguna lengua a Su verdad se atreve.
Nadie lo ha visto a Dios. Nadie lo sabe.

Mayor que todo dios, nuestra sed busca,
se hace menor que el libro y la utopía,
y, cuando el Templo en su esplendor Lo ofusca,
rompe, infantil, del vientre de María.

El Unigénito venido a menos
traspone la distancia en un vagido;
calla la gloria y el amor explana;

Sus manos y Sus pies de tierra llenos,
rostro de carne y sol del Escondido,
iversión de Dios en pequeñez humana!



Anexo 8: Y el Verbo se hizo carne (Pedro Casaldáliga)

Decir el pan, la lucha, el gozo, el llanto,
el monótono sol, la noche ciega.
Verter la vida en libación de canto,
vino en la paz y sangre en la refriega.

Desnuda al viento mi palabra os llega.
Sobre la plaza de la fiesta canto.
Pido que todos entren en la siega.
Vengo a espantar las fieras del espanto.

Mediterráneamente luminosa,
escancio en mi palabra cada cosa,
vaso de luz y agua de verdad.

Si el Verbo se hace carne verdadera,
no creo en la palabra que adultera.
Yo hago profesión de claridad.



¿Cómo dejarte ser solo Tú mismo,
sin reducirte, sin manipularte?
¿Cómo, creyendo en Ti, no proclamarte
igual, mayor, mejor que el Cristianismo?

Cosechador de riesgos y de dudas,
debelador de todos los poderes,
Tu carne y Tu verdad en cruz desnudas,
contradicción y paz, ¿eres quien eres!

Jesús de Nazaret, hijo y hermano,
viviendo en Dios y pan en nuestra mano,
camino y compañero de jornada,

Libertador total de nuestras vidas
que vienes, junto al mar, con la alborada,
las brasas y las llagas encendidas.



A lo largo de toda la etapa *Caritas Christi*, la penúltima página de cada cuaderno estará dedicada a un tema relacionado con la espiritualidad de la Eucaristía.

Escucha de la Palabra

Verbum Domini.

Como conclusión de las lecturas de la Sagrada Escritura, la expresión *Verbum Domini* —Palabra de Dios— nos recuerda la importancia de lo que sale de la boca de Dios. Nos lo hace sentir no como un texto «lejano», sino que por ser inspirado, es palabra viva con la cual Dios nos interpela: nos encontramos en el contexto de un verdadero diálogo de Dios con su pueblo.

La *liturgia de la Palabra* es una parte constitutiva de la Eucaristía. Nos recogemos en asamblea litúrgica para escuchar lo que el Señor quiere decirnos: a todos y a cada uno. Él habla aquí y ahora, a nosotros que lo escuchamos con fe, creyendo que Él solo tiene palabras de vida eterna, que su palabra es lámpara para nuestros pasos.

Participar en la Eucaristía quiere decir escuchar al Señor con el fin de poner en práctica cuanto nos manifiesta, nos pide, desea de nuestra vida.

El fruto de la escucha de Dios que nos habla cuando en la Iglesia se leen las Sagradas Escrituras (cf. SC, 7) madura en el vivir cotidiano.

La *actitud de escucha* es el principio de la vida espiritual. Creer en Cristo es escuchar su palabra y ponerla en práctica. Es docilidad a la voz del Espíritu Santo, el Maestro interior que nos guía a la verdad completa, no solamente a la verdad del conocer sino también a la verdad del practicar.

Para escuchar al Señor en la liturgia de la Palabra, *es necesario tener afinado el oído del corazón*. A ello nos prepara la lectura personal de las Sagradas Escrituras. Y a fin de que lo que se ha escuchado en la celebración eucarística no desaparezca de la mente y del corazón al terminar, es necesario encontrar modos para extender la escucha de Dios, que nos hace llegar su voz de mil maneras a través de las circunstancias de la vida cotidiana.

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Conocí, Dios mío, cuánto importa para hacer fruto que el misionero sea del todo no solo irreprochable, sino a todas luces virtuoso, pues que **las gentes más caso hacen de lo que ven en el misionero que de lo que él oyen**. Por esto, de Jesús, modelo de misioneros, se dice: *Coepit facere et docere*, primero hacer, después enseñar”. (**Aut 388**)